

Prólogo

España, 1812

La guerra era infernal. Las cartas de los familiares podrían ser mucho peores.

El día había estado repleto de balas de mosquete y escaramuzas. Randall regresó a su tienda cojeando, polvoriento y deseoso de dormir durante doce horas.

Sacudirse el polvo fue fácil; Gordon, su ordenanza, era sumamente competente y tenía el agua preparada. El sueño fue menos abundante, y el dolor de su muslo no halló alivio alguno.

Hoy Randall había perdido a uno de sus soldados, un recluta irlandés y novato de sonrisa entusiasta, lo que significaba que debía escribirle una carta a la familia del muchacho. Era la parte más desagradable de ser un oficial, pero todas las vidas merecían reconocimiento y las familias tenían derecho a saber cómo habían perdido a uno de los suyos.

—El correo procedente de Inglaterra, señor. —Gordon le entregó a Randall tres cartas selladas.

Éste les echó un vistazo. Una era del duque de Ashton; su viejo amigo del colegio era su mejor corresponsal. Otra era de Kirkland, también viejo amigo del colegio, y de fiar. Y la última...

Se quedó mirando la pomposa firma que franqueaba la carta. Daventry. Su cruz. Randall tenía cinco años cuando sus padres

murieron de fiebre. Lo dejaron bajo la tutela de su tío, el conde de Daventry.

Los años siguientes fueron los peores de la vida de Randall. Fue llevado a Turville Park, la residencia de los Daventry, y lo instalaron en el cuarto del heredero de nueve años, lord Branford. Grande para su edad y con una arrogancia que habría sorprendido incluso en un adulto, Branford era un bestia y un bravucón. Randall aprendió a pelear pronto.

Como era inconcebible que el heredero le hiciera daño a nadie, Randall fue enviado al colegio a tierna edad. De hecho, lo mandaron a varios colegios, algunos de los mejores de Inglaterra. Tras una rápida expulsión en cadena, fue a parar a la Academia Westerfield. Tal como le gustaba decir a su propietaria y directora, lady Agnes Westerfield, era un colegio para niños de buena cuna y mal comportamiento.

En el colegio que Daventry consideraba un castigo, Randall encontró amabilidad y amistades. Aguantó las vacaciones en Turville con estoicismo y los puños apretados. Odiaba a Daventry y a Branford, quienes a su vez lo despreciaban a él. Afortunadamente, había heredado un patrimonio holgado. Cuando Randall salió del colegio, se compró un par de uniformes y se alistó en el ejército, prescindiendo de sus distinguidos lazos familiares tan radicalmente como estos de él.

Hasta ahora. Preguntándose qué tendría que decirle el malvado Daventry, Randall rompió el sello de lacre y recorrió con la mirada las diversas líneas escritas del audaz puño del conde.

«Tu primo Rupert Randall ha muerto. Ahora eres tú el presunto heredero de Daventry. Es preciso que vendas tu cargo y regreses a casa. Espero que elijas esposa y te cases antes de un año.»

Randall se quedó mirando fijamente el grueso papel, sintiendo la acritud de sus palabras. Branford había fallecido años atrás en

cierto accidente bajo los efectos del alcohol, y el otro hijo de Daventry, un niño enfermizo, había muerto joven. Pero seguro que había un montón de primos que estaban más cerca del título que el comandante Alexander Randall.

Pensó en el árbol genealógico. Ciertamente, no había tal montón; al parecer, los Randall no eran muy fértiles. La mayoría de los demás herederos eran mayores (el padre de Randall era un hermanastro mucho más joven que el actual conde). Por lo visto los primos con derecho a la herencia estaban todos muertos ya y no habían tenido hijos.

Randall frunció el entrecejo al caer en la cuenta de que no había nadie en la siguiente generación; de lo contrario, Daventry probablemente habría deseado que su desdeñado sobrino muriera en combate o de fiebre para que el siguiente en la línea de sucesión se convirtiera en presunto heredero. Pero no había siguiente y Daventry estaba sumamente orgulloso del título. La idea de que el conde fuese a parar a un hombre al que detestaba era incluso mejor que la certeza de que el título desaparecería.

La reacción inmediata de Randall a la orden de Daventry fue la negación, como hacía siempre que su tío le daba órdenes. Pero ahora era un hombre hecho y derecho, no un niño, y la idea de vender su cargo le resultaba bastante apetecible. Estaba cansado de la guerra, cansado del incesante dolor de una pierna que no se había llegado a recuperar del todo de una herida del año anterior. El ejército no lo necesitaba. Aunque era un buen oficial, había otros oficiales tan buenos como él.

Dobló la carta de Daventry con un suspiro. Retornar a la vida civil sería fácil.

Encontrar una esposa sería más difícil.

Capítulo 1

Londres

*L*a imponente extensión de la mansión de los Ashton fue una visión bienvenida después del largo viaje de Randall de regreso a casa desde España. Era la mayor residencia privada de Londres y Randall jamás entraba sin pensar que era mucho más impresionante que la mansión Daventry, la casa que su tío tenía en Londres.

Como la finca era demasiado grande para un hombre solo, el duque de Ashton le había ofrecido a Randall sus propias dependencias para que las ocupara siempre que estuviese en Londres. En la mansión de los Ashton se sentía más en casa que en ningún otro sitio. Era el lugar donde siempre era bien recibido.

El mayordomo, Holmes, esbozó una sonrisa.

— ¡Bienvenido, comandante Randall! Anunciaré a su excelencia que ha llegado usted.

Randall sacudió las gotas de lluvia de su sombrero antes de dárselo a Holmes.

— ¿Están los duques en casa?

— Desde luego que sí. — La voz familiar de Ash se oyó por detrás. Randall se volvió y vio a sus amigos entrando en el amplio vestíbulo.

Mariah, rubia y hermosa y radiante de cariño, avanzó rápidamente y abrazó al recién llegado.

—¡Qué sorpresa tan fabulosa! —Randall le devolvió el abrazo, pensando que Ash era un hombre muy afortunado.

—Tómate unos minutos para refrescarte y reúnete luego con nosotros en el comedor privado. —Ash cogió a su mujer del brazo—. La cena es informal, así que no hace falta que te cambies, pero tenemos un invitado que te alegrarás de ver. Oiremos las novedades de todos a la vez.

Ante tan atractiva perspectiva, Randall tardó tan sólo unos minutos en asearse y adquirir un aspecto general de respetabilidad antes de dirigirse al piso de abajo. Al entrar en el comedor privado, una silueta oscura y menuda, que le resultaba familiar, dejó su copa de vino y cruzó la habitación para saludarlo.

—¡Ballard! —Randall estrechó la mano de su viejo amigo—. Te hacía en Portugal.

—Y yo a ti en España. —Justin Ballard le dio la mano con igual entusiasmo, sus ojos grises brillaban en su rostro bronceado. Su familia poseía una famosa empresa portuaria y él estaba al frente de las operaciones portuguesas—. Tenía asuntos que atender en Londres y era una buena época para volver. Cada uno o dos años me gusta recordarme a mí mismo que soy británico.

—El clima londinense se encargará de eso enseguida —dijo Randall al tiempo que aceptaba un clarete de Ashton. Envuelto por el cálido ambiente, sintió que su tensión desaparecía. Era agradable estar en casa con amigos, y el optimismo de Ballard era especialmente grato. Habían pasado varios años desde la última vez que se vieron en Lisboa—. ¿Qué tal van las cosas por Oporto?

—Ahora que los muchachos del ejército habéis trasladado la guerra a España, mucho mejor. —Ballard recuperó su copa de vino y tomó un sorbo—. ¿Has venido a casa de permiso?

Randall cabeceó.

—Acabo de convertirme en presunto heredero de Daventry, así que ha llegado el momento de regresar a la vida civil.

—¿Vendes tu cargo? —inquirió Ashton, sobresaltado—. ¡Eso sí que es una sorpresa!

Randall se encogió de hombros.

—Técnicamente no vendo mi cargo, se lo he cedido a un capitán cualificado sin medios para pagar el precio de compra.

—Eso es ser generoso —comentó Ballard mientras se dirigían a la mesa para cenar.

—En realidad no. Saber que este capitán asume mis funciones significa que puedo irme con la conciencia tranquila.

Mariah lo examinó con sus ojos castaños bien abiertos.

—¿Echarás de menos el ejército?

—Echaré de menos a algunas personas —contestó despacio—. Pero, en general, estoy preparado para marcharme. Nunca me ha gustado mucho la disciplina del ejército. Si ahora no estuviésemos en guerra, me habrían sometido varias veces a consejos de guerra por insubordinación. —Los demás se rieron, aunque Randall había hablado más en serio que en broma.

Ashton dijo comprensivo:

—Como heredero, supongo que ahora te dirán que tu obligación es casarte y engendrar otro heredero. Yo padecí esas presiones durante años. —Le lanzó una mirada a su esposa con expresión afectuosa—. Vale la pena esperar a la mujer adecuada.

—No pretendo tener tanta suerte como tú. —Alzó su copa hacia la duquesa en un brindis informal—. Mariah sólo hay una.

—¡Si serás adulador! —se burló ella—. Cuando nos conocimos pensabas que yo era una cazafortunas que había hundido mis malvadas garras en un Ash desvalido.

—Es cierto —confesó él—, pero no dudé en reconocer mi error.

—¡Qué generoso por tu parte! —repuso ella con socarronería—. En cuanto a lo de que Mariah sólo hay una, recuerda que tengo una hermana gemela idéntica. Sarah es físicamente casi igual que yo, y al haber recibido una educación normal está mucho más preparada para formar parte de la nobleza.

—Que haya recibido una educación normal hace que sea menos interesante que tú —dijo Randall al instante. Si bien el comentario era despreocupado, también era cierto. La educación poco convencional que le habían dado a Mariah la había convertido en una mujer fascinante. Tenía una profundidad y una resistencia de las que las señoritas más «normales» carecían.

—Te estás convirtiendo realmente en un experto adulator. Un talento útil si lo que buscas es una esposa. —La mirada de Mariah destilaba frialdad femenina.

—¡Seguro que sientes demasiado cariño por tu hermana como para querer que aguante mi mal carácter!

—Eso es verdad —convino ella—, pero ¡haríais tan buena pareja! ¡Piensa en los adorables niños rubios que tendríais juntos!

—Si de lo que se trata es de favorecer a hermanas casaderas, valdría la pena tener en cuenta a mi hermana Kiri —dijo Ashton, aunque medio en broma—. Tú no serás más que conde, naturalmente, pero como ella es hija de un duque, será difícil que se case con alguien de más alto rango.

—Yo también tengo una hermana —intervino Ballard—. De acuerdo que sólo tiene 14 años, pero promete ser una buena condesa. —Sonrió burlón—. Ella preferiría convertirse en princesa, pero le he explicado que sencillamente no hay suficientes príncipes para todas.

—Todas vuestras hermanas son demasiados buenas para mí —dijo Randall con firmeza—. Preveo buscar esposa más tarde o más temprano, pero no tengo prisa. Sería lamentable que Daventry pensara realmente que le hago caso en esto.

—Precipitarse al altar sería una estupidez —convino Ashton—. Y no tienes la herencia garantizada, porque Daventry aún puede tener un hijo.

—Es posible, pero su mujer está en una edad delicada —dijo Randall—. Es demasiado mayor para tener hijos, pero probablemente lo bastante joven para sobrevivir a su marido.

Ash frunció las cejas.

—Dado el pésimo trato que Daventry te ha dado, ¿podría encontrar el modo de desprenderse de su actual mujer para poder unirse a otra más joven?

—¿Te refieres a si empujaría a su condesa escaleras abajo para deshacerse de ella? —Randall meneó la cabeza—. Pese al esporádico deseo de Daventry de verme muerto, dudo que sea un asesino, y a su actual esposa le tiene cariño. Es la tercera. Ha tenido mala suerte con las mujeres y la descendencia, y una nueva esposa no mejoraría necesariamente la situación.

—Si no recuerdo mal, no hay más herederos conocidos —comentó Ballard—. Ahora tendrá que aceptarte.

—Me imagino, pero no de inmediato. Le enviaré a Daventry una nota diciéndole que he dejado el ejército, pero en lugar de hacerle ahora una visita creo que me iré a Escocia. Iré a ver a Kirkland. Me vendrá bien respirar un aire fresco y puro que no esté atravesado por balas de mosquito.

—Me parece sensato. —Los ojos de Mariah centellearon—. Si vas a Escocia, quizá te apetezca pasar por Hartley, que no te hará desviar mucho de tu camino. Es posible que mi hermana te parezca más interesante de lo que recuerdas.

—Lo pensaré. —Randall le hincó el diente al rosbif y el pudín de Yorkshire. Mariah tenía razón en lo de su hermana. Sarah era exactamente la clase de chica con la que debería casarse: atractiva, sensata, capaz de afrontar las responsabilidades de una condesa cuando llegase el momento. Sería una esposa excelente.

Pero la única fémina que había captado el interés de Randall en la última década era una mujer, no una chica. Y desde luego no era una dama a ojos de la sociedad. La señora Bancroft, Julia, era una comadrona y curandera viuda de Hartley, y buena amiga de Mariah. Era reservada hasta el punto de pasar desapercibida y, naturalmente, no había mostrado ni una pizca de interés por Randall. Ella no le convenía en absoluto.

Pero lo atormentaba.

Si iba a ver a los Townsend, también podría ver a Julia.

Era una idea absurda; pero irresistible.